



## EL GRAN MUNDO

I.

FONDO DEL CUADRO.

**N**o es tan fácil como á primera vista parece dejarse llevar por las corrientes democráticas del siglo, que, quieras que no quieras, nos empujan con más ó menos violencia á la plenitud de un estado que podría llamarse la hez universal; porque, bien mirado, cada uno siente dentro de sí mismo un secreto impulso, cierta especie de instinto aristocrático, que nos incita á elevarnos, de cualquier modo que sea, sobre el nivel del vulgo en que vivimos.

La dificultad sería invencible si en el conocido recurso de las transacciones no hubiésemos encontrado el secreto de ser al mismo tiempo nobles y plebeyos, personajes de mayor ó menor importancia, y seres de todo punto insignificantes; y,



valiéndome de una imagen quizá demasiado expresiva, me atreveré á decir que no es ciertamente un caso extraordinario, ni enteramente nuevo, el espectáculo, el absurdo espectáculo de un *descamisado* con corbata blanca.

Quiero decir, que eso que hemos convenido en llamar *gran mundo*, no es otra cosa que una transacción entre la pasada grandeza de la antigua aristocracia, y la poderosa pequeñez de la democracia moderna.

Hablo de España, y sobre todo de Madrid, donde sabemos positivamente que no hay, como en París, un barrio de San Germán. Acaso esto es lo único en que nuestra gente *comm'il faut* no imita á la capital de Francia, pues tenemos sus *hoteles* y sus *boulevares*, sus teatros, sus costumbres, sus vicios y hasta su lengua. Fornos bien puede competir con *Tortoni*, y á *Mabille* se le encuentra aquí en cualquier parte. Pero, ¡bah!, aquella aristocracia nobilísima, inaccesible, impermeable y casi fósil, que vive en el barrio de San Germán, justo es decirlo, no es aquí imitada.

Nuestra alta clase no ha tenido inconveniente en descender de las regiones de su grandeza hasta confundirse con el gran vulgo de los simples mortales; mas téngase en cuenta que al bajar en la escala de los honores humanos, no ha perdido el brillante esplendor de las apariencias. Si se ha inclinado graciosamente para estrechar la mano de la plebe que la invade, y si por un acto de condes-

cendiente cortesía ha descubierto su cabeza, arrancando de ella las coronas de sus antiguas glorias, á la vez, esas mismas coronas permanecen pintadas en las portezuelas de sus berlinas; con ellas marca las libreas de sus lacayos, la porcelana y el cristal de sus vajillas, y la rica batista de sus pañuelos. Baja ciertamente, pero baja en coche: si ha dejado su majestad en las alturas de donde desciende, preciso es reconocerlo, conserva el lujo: su blasón es la moda, su escudo de armas el fausto. Le ha vuelto resueltamente la espalda á su origen, y, olvidando los siglos pasados, es la más asidua cortesana del siglo presente. Después de haber perdido su carácter, se empeña en conservar el honor de sus títulos, y por una aspiración de inmortalidad, hasta cierto punto disculpable, se siente muerta y quiere sobrevivirse.

No se resigna á ser el severo monumento de un glorioso recuerdo, ni aspira á representar en el mundo el heroico papel de una noble esperanza; se aleja de lo pasado al mismo tiempo que huye de lo futuro; sus ojos parece que no ven más que lo presente, y flota en la agitada superficie de la vida moderna como un cuerpo que ha perdido su gravedad; como flotan sobre las olas agitadas los restos de un naufragio.

Brilla sin duda alguna, pero no con los esplendores de la luz, sino con los vislumbres del reflejo; luce, pero no alumbra. La tradición de su origen nobiliario podía comprometerla ante el furor de



las innovaciones, y ha negociado con las exigencias de la democracia moderna todas las pretensiones de la antigua aristocracia. Como Sièyes durante el sangriento período del Terror, se ha propuesto vivir y vive, y se puede decir que ha comprado la vida al precio de su nulidad. En vez de defenderse, transige, y por más que busque en la distinción de sus modales y en la novedad de sus *toilettes* un pretexto que atestigüe su alcurnia, ello es que se confunde con la plebe, que después de haberla despojado de su influencia, le envidia los placeres del fausto con que siembra de flores su paso por este valle de lágrimas.

No es la aristocracia heroica, caballeresca y turbulenta de la Edad Media, que conquistaba reinos y hablaba á los reyes con la mano puesta sobre el pomo de la espada, ni aquella nobleza sumisa y palaciega que hervía en las cortes de los reyes, prefiriendo la intriga á la rebelión, la lisonja á la amenaza; aquella aristocracia que aún solía producir héroes y hombres de Estado, y que, á pesar de grandes defectos y de grandes faltas, conservaba, si no el noble orgullo de su historia, á lo menos la ambición de sus títulos.

Esa aristocracia es la que formó con sus vicios la corte de Luis XV, y, no obstante, es la misma que sigue poco después á Luis XVI en su terrible desventura. Todavía su causa es la causa de la Monarquía y la causa del Rey.

En España, reducida ya al empezar el siglo de

las luces á la mera servidumbre de palacio, llevaba majestuosamente la librea real, satisfecha de servir al esplendor del trono. Su adhesión á la monarquía era aún sincera, y el triple sentimiento de la Religión, de la Patria y del Rey, uniéndola al heroico entusiasmo de la nación, la salvó del deshonor de afrancesarse.

Este era, por lo visto, el último esfuerzo, el último impulso de la sangre azul que circulaba por sus venas, pues no pasaron muchos años sin que, prosternándose ante los principios revolucionarios, enemigos naturales de la Religión, de la Monarquía y de la Patria, se hiciese cortesana de la demagogia del año 34, después cómplice de la demagogia del año 68, y más tarde encubridora de la presente demagogia.

Para vivir materialmente dentro de la atmósfera corrompida del siglo en que nos encontramos, no ha vacilado en someterse á las humillaciones que la democracia le ha impuesto, sacrificando en aras de las demagogias triunfantes la vida moral que aún podía enaltecerla. La Revolución francesa colgaba á los aristócratas de las linternas ó los degollaba en la guillotina; nuestra revolución, menos sanguinaria, se ha contentado con arrastrarlos por el lodo. Aquella aristocracia, animada por el ejemplo del Rey, supo morir; pero la nuestra, sin ejemplo que imitar, más positiva, menos caballeresca, flexible hasta tocar con la frente en el suelo, no aspira á otra gloria que á la gloria de ir viviendo.



Dejo al lector en libertad de hacer cuantas salvedades tenga por conveniente, porque, en medio de tantas miserias, no he de disputarle el honor de las excepciones: también yo conozco algunas.

Pero no se crea por eso que vive relegada á una obscuridad humillante; no creáis que se ha retirado á los últimos rincones de sus palacios, y que, cerrando las puertas nobiliarias de sus casas solariegas al tumulto del siglo, que la desprecia al mismo tiempo que la envidia, se esconde á las miradas del mundo, si no precisamente avergonzada de su nulidad, á lo menos seria y desdeñosa.

No; se la ve flotar y resplandecer por toda la agitada superficie de la vida moderna, surcando las tempestuosas obscuridades que nos rodean con los relámpagos de su lujo. Es verdad que no la encontraréis en los comicios, ni en las Asambleas, ni en los ejércitos, ni en los campos de batalla, ni en las academias científicas, ni en las grandes empresas industriales. Fuera de la política, de la ciencia y de la industria, parece que no está en ninguna parte. Tampoco la encontraréis en las altas dignidades de la Iglesia, ni en las cátedras profanas de las Universidades, ni en las sagradas cátedras de los templos. Se puede decir que nada enseña, y se puede asegurar que nada aprende.

¿Dónde está, pues?... ¡Dónde!... ¡Ah!... Por las noches brilla indistintamente, ya en el teatro de la *Ópera*, ya en el teatro de los *Bufos*; protege con su presencia unas veces á la empresa del *Príncipe*,

otras veces á la empresa de *Apolo*; aparece, como el sol en los días serenos, en el circo de *Price*, en la plaza de toros y en las carreras de caballos.

Sus coches invaden los paseos, y van y vienen con la impaciencia del que quiere estar á la vez en todas partes; dondequiera que haya un salón, allí está ella, porque los salones son su espacio y su atmósfera.

Esta aristocracia tradicional, confundida con las variadas especies de las aristocracias modernas, ha sacudido el polvo de la antigüedad que la ennoblecía, y dejando carcomer en la profundidad de los archivos los ya olvidados pergaminos, vuelta completamente de espaldas á los siglos pasados, se halla entregada á todas las deliciosas fatuidades del siglo presente.

Y verdaderamente, la aristocracia que surge del fondo de la tierra con prodigiosa fecundidad, es bastante más pintoresca que la aristocracia histórica que aún nos recuerda el honor de nuestras pasadas glorias.

Indudablemente, en lo que podemos llamar la parte suntuaria, la nueva nobleza, la nobleza novísima, lleva sobre la nobleza antigua una ventaja indisputable. Las grandes cruces, las brillantes placas, las bandas de todos colores y las cintas de todos matices, han caído como lluvia copiosa sobre la democracia, que, digámoslo así, se ennoblece con todos los signos exteriores de la grandeza humana.

Y he aquí la transacción necesaria para que se

33849

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RÍYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



extienda de un extremo á otro el severo nivel de la igualdad. Por una parte la aristocracia histórica baja, y la democracia moderna sube; ambas, para encontrarse, se olvidan de su origen, y, confundíendose en un mutuo abrazo, forman ese mundo brillante, siempre alegre y siempre fastuoso, que nos atrae y nos deslumbra.

A primera vista parece que sólo convienen en unos mismos gustos, en unas mismas satisfacciones, en unos mismos placeres; parece que se encuentran unidas por el solo vínculo de unas mismas sensualidades, que el perfume de los mismos platos los ha reunido á la vez alrededor de la misma mesa; pero, si bien se mira, se verá que existe entre una y otra cierta mancomunidad de ideas.

La demagogia, que tanto nos asusta, vive también en palacios y lleva sobre su cabeza coronas ducales. El *descamisado*, quizá más propiamente dicho, no es ya en estos tiempos de prosperidad un hombre grosero y brutal, harapiento, sin hogar y sin camisa, que aprieta sus formidables puños, y ruge, amenazando á la vez al cielo y á la tierra, agitado por el ciego estímulo de sus tumultuosos apetitos, sin más guía que su instinto.

Este ser inculto y patibulario, cuya desastrada imagen nos llena de espanto, no es, en resumen, más que un mero comparsa del espectáculo teatral que representamos con el conocido título de *La civilización moderna*.

Ciertamente en el orden del progreso que nos

empuja, el descamisado melodramático, que vive aún en los antros de la sociedad respirando los vapores enrarecidos de la última hez humana, tiene señalado en un porvenir, cada vez más próximo, un puesto importante, que ha de elevarlo á las primeras jerarquías de la sociedad. Siguiendo el camino cuyas dos terceras partes llevamos andadas, nadie duda que la completa regeneración del hombre se acerca, y no es difícil ver en lo más bajo de la democracia presente el germen ya fermentado de la futura aristocracia.

La solución del problema que nos agita está contenida en los términos, de la misma manera que el fruto se halla contenido en la semilla; en el nudo está el desenlace lógico de toda comedia, y toda acción trágica no es más, si bien se mira, que la elaboración trágica de la catástrofe. Una vez hacinados todos los combustibles y aplicado el fuego, no es necesario quemarse mucho las cejas para esperar el incendio.

Pero entretanto, ¿qué importa? El *descamisado* de que hablamos se encuentra todavía en el período de incubación, y aunque hace esfuerzos heroicos para dar señales evidentes de vida propia, no consigue romper las ligaduras que lo sujetan á la obscuridad de la vida rudimentaria, porque necesita algún tiempo más el calor maternal de la sociedad en cuyas entrañas ha sido engendrado.

Por consiguiente, el *descamisado* propio, y, digámoslo así, legítimo del *momento histórico* que



atravesamos, no es la figura sombría, iracunda y amenazadora que se nos presenta en perspectiva, sino el ser culto, fino, ilustrado, que se viste con esmero, que se baña y se perfuma; que saborea los más exquisitos manjares y vive en la atmósfera de los más refinados placeres.

Es... Pero no precipitemos el curso regular de nuestras tranquilas observaciones, porque los rasgos más salientes de esta fisonomía que por todas partes nos sonríe, son dignos de más detenido estudio.

## II.

### LAS PRIMERAS LÍNEAS.

Fijemos ante todo que el tipo que buscamos en las altas regiones del gran mundo como modelo de la especie, no es personaje que pertenece especialmente á ningún partido; y aunque suele tener algo de todos, no es un hombre político propiamente dicho. Si así no fuese, no sería yo el que me tomara el trabajo de descubrirlo y bosquejarlo; porque desde la tremenda catástrofe de 1868, me hice á mí mismo la formal promesa de no tomar en adelante parte alguna en la para mí siempre ingrata tarea de las contiendas políticas. Acompañé con mi corazón á aquella gran desgracia, por casi todos abandonada; oculté en el fondo de mi pensamiento mi último desencanto acerca de los hombres y de

las cosas, y me encerré en mí mismo desconsolado.

Mi pobre vanidad de hombre se afligió al ver la inutilidad de mis débiles esfuerzos por evitar la gran desventura que en los designios de la Providencia era, por lo visto, inevitable, y me enterré vivo con mi pobreza, trayéndome por toda ganancia el honor de muchos dicterios.

Desde esta obscuridad en que vivo lo he visto todo, y puedo asegurar que nada me ha sorprendido; pero mis ojos están llenos de tristeza. Veo y oigo, y callo, y solo allá en mis adentros, en voz muy baja y con el mayor sigilo, suelo repetirme esta sentencia latina que se grabó en mi memoria hace mucho tiempo: *Quos Deus vult perdere prius dementat.*—Me prometí, pues, no mezclarme más en las contiendas de los partidos, y yo soy hombre que no me faltó nunca á mis palabras. Nada hay, por consiguiente, en estas ociosas observaciones con que me propongo entretener á los lectores, que pueda considerarse como materia verdaderamente política.

Sin faltar á este propósito, bien puedo decir que la marcha majestuosa con que tan pomposamente, de conquista en conquista, nos dirigimos al cumplimiento de todas las felicidades prometidas por el derecho nuevo, ofrece graves peligros, y no deja de ser frecuente el caso en que el abismo se nos adelanta, se abre á nuestros pies como una boca inmensa que se ríe de nosotros, y, aunque no sea más que por breves momentos, nos corta el paso.



¡Ya se ve! No todos los viajeros caminamos con las mismas comodidades, y es natural que los que van á pie y descalzos tengan más prisa, mucha más prisa que los que van en coche; y he aquí que los más hambrientos y los más desnudos quieren anticiparse al término del viaje, y alzan el grito, y se declaran tumultuosamente en plena Jauja antes de haber llegado á ella, y entra la confusión y el desconcierto, y aquí fué Troya.

Observado el fenómeno á la luz de los principios, no hay en ello más que un exceso de impaciencia. Se les ha ofrecido un cubierto en el gran festín del mundo, y quieren á toda costa sentarse á la mesa. Esto es, se les ha puesto la miel en los labios, y, cosa bien natural, enseñan los dientes. Eso sí, amenazan con la devastación universal, llevan el saqueo por consigna y el incendio por bandera, se agitan con el furor de todos los apetitos embravecidos que el espíritu moderno ha despertado en ellos, y, quieras que no quieras, el camino se entorpece y el carro triunfal se atasca. Es una tempestad humana, más terrible que las tempestades de la naturaleza.

Y bien: ¿qué es todo ello?...: un mero accidente, pura impaciencia, un error de itinerario, una equivocación de la fecha; es llamar á la puerta antes de haber llegado á la casa; pero la civilización, esto es, la razón soberana, embriagada hasta entonces con sus triunfos, se espanta de su propia obra, y lanza sobre los culpables toda la indigna-

ción y todo el furor de su miedo. Se invoca la ley, la ley del momento, la ley egoísta de las circunstancias, y la sociedad se salva por algunos días. Y adelante; el carro triunfal vuelve á seguir su camino, como si tal cosa.

Así cae la *Commune* en París y el *cantonalismo* en España, mientras la *Internacional* continúa legalmente organizada en Europa; porque, en fin, ¿qué tiene que ver el principio con su propia consecuencia? Él es una entidad abstracta que vive en las altas regiones de la ciencia, y el hecho es un acto brutal que se arrastra en el lodo de las calles. El filósofo, el orador, el publicista, el ideólogo, amparado detrás de la santidad de un libro, de una tribuna, de un periódico ó de una cátedra, puede levantar su ciencia contra Dios, abolir la inmortalidad del alma, robarnos la esperanza de la verdad divina, incendiar la ignorancia del vulgo con el fuego de todas las pasiones, y, en una palabra, asolar al mundo moral cubriéndolo con las sombras de espantosas incertidumbres. Ciertamente; pero vosotros, saqueados, incendiados, asolados por la ciencia, no levantéis aún la mano, porque será cortada; no alcéis el grito todavía, porque será ahogado en vuestra garganta.

La razón ilustrada de los pueblos modernos se encuentra entre el derecho que proclama y el hecho que condena, entre el error y el crimen, entre la ciencia que constituye su orgullo y la depravación moral que esa misma ciencia engendra. ¡Qué cruel



capricho de las cosas!... ¡Qué ley tan arbitraria la que ha dispuesto que el abismo atraiga, que el fuego abra, que el rayo aniquile! ¿Por qué, ¡oh sociedad llena de deleites!, ha de venir á turbar los placeres de tu concupiscencia el oleaje espantoso de ese mar de pasiones que tú misma agitas?....

Pero discurremos con calma.

A primera vista parece absurda una situación que nos obliga casi diariamente á deportar aquí, á fusilar más allá, á perseguir en todas partes las consecuencias prácticas de los mismos principios que proclamamos; mas téngase en cuenta que la resistencia que les oponemos no es definitiva. El último error no es todavía verdad, es cuestión de tiempo. Nosotros les decimos á los impacientes: «Esperad», porque todo no se puede hacer en un día. Hoy nosotros, mañana ellos, ante todo el orden. Entendámonos; el orden material. Lo que pretenden es hoy un delirio; pero, poco á poco, ya llegará el momento en que el delirio se convierta en razón y se establezca en derecho.

El error fundamental de que partimos es, como todo error, múltiple en sus formas, y nos ofrece, por lo tanto, una serie de errores sucesivos que nacen los unos de los otros, formando la variada confusión de escuelas, de sectas, de doctrinas, de sistemas, de opiniones, de partidos, de grupos y de fracciones en que, digámoslo así, vivimos. Realmente no son más que formas distintas, matices

diversos del mismo error originario, de la gran mentira fundamental.

¿Por qué hemos de ocultárselo?... Partimos del *libre examen*, que no es, en substancia, más que la legalización de todos los desvaríos que correlativamente se van presentando; cada error tiene su día, su época, su *momento histórico*, su oportunidad, esto es, su madurez, su triunfo.

No hay delirio, por monstruoso que sea, que no pueda erigirse, ya un día, ya otro, en religión ó en filosofía, en sistema político ó en ley moral. Podemos decir con orgullo que lo hemos discutido todo, y he aquí que ya no nos queda nada cierto. Vamos, pues, de interinidad en interinidad, de desastre en desastre.

Hasta aquí, poco más ó menos, llega el período de los sabios que han hecho una revolución en la ciencia, después de la cual entra naturalmente el período de los que, menos pensadores, son más ejecutivos. Detrás de la palabra está la obra, como debajo de la cabeza que piensa está el brazo que ejecuta. La lengua ha terminado ya su tarea, y lógico es que las manos entren en la plenitud de la suya; porque convengamos en que las teorías vendrían á ser una necia vanidad de la ciencia, si no tuviesen completa ejecución entre los hombres. Ya parece que está llena la medida de las ideas, y sólo falta que se llene la medida de los hechos. ¿Por qué no? Si la imaginación ha llegado á los últimos delirios, ¿por qué la realidad no ha de llegar á los últimos desvaríos?



Aquí se nos presenta, más ó menos desnuda, más ó menos hambrienta, una nueva generación.

Aquí está, con el oído atento y la mirada inquieta.

¿Qué espera?

Espera.... su vez.

Desde la sombra en que aguarda el momento de tomar posesión del paraíso que se le ha prometido, calcula el vigor de sus brazos, se ordena, se cuenta, se prepara, y como si pretendiera reconcentrar la terrible energía de su fuerza, aprieta los puños y rechina los dientes, respirando su corazón el fuego de todas las sensualidades. Cada momento que pasa aumenta el rencor de su impaciencia; los resplandores del lujo que llegan á sus ojos, encienden su codicia; el estrépito del festín universal que penetra en sus oídos, despierta su envidia; llama justicia á su venganza, y derecho á la ciega pasión de sus apetitos.

¿Qué especie de hombres es esta?

Filosóficamente considerados, son la encarnación definitiva de la libertad que llamamos moderna, la última evolución de la *idea* en el tiempo y el espacio, la síntesis, la condensación de toda nuestra doctrina civilizadora. Desde el punto de vista político, aparecen en la próxima perspectiva de lo por venir como las primeras palpitations del nuevo Estado. Y si bien se mira, á la luz de los pasmosos adelantos de la ciencia económica, se ven como el núcleo futuro de los inmediatos desamortizadores.

No es ya posible que se lance contra nosotros la injusta acusación de que vamos á lo desconocido. En el segundo término del cuadro que se dibuja á nuestros ojos, aparecen con toda claridad las cabezas sombrías de los *descamisados*.

La Revolución francesa produjo esta especie de hombres que, haciendo alarde de su enérgica desnudez, quisieron imponer al mundo el imperio de sus harapos. Suya es la gloria de este producto humano; pero, poco á poco: aquellos fueron unos seres incompletos, sin mundo, sin experiencia, unos pobres *desbarrapados* que tomaron al pie de la letra la hediondez de los jirones de sus vestidos, y se mostraron orgullosos de ostentarlos. Aquella fué la que podemos llamar la infancia del arte, el entusiasmo tierno y poético de las primeras impresiones; en fin, me atreveré á decirlo: el idilio de los pingajos. En nuestros días esa especie se encuentra perfeccionada; entonces el *descamisado* era un niño, y hoy es ya un hombre: se avergüenza, se indigna y se enfurece de su desnudez; y al verse sin camisa, sólo aspira á conquistar la ajena.

El nombre mismo ha experimentado también su regeneración. *Descamisado* es una voz que no determina tanto al que no tiene camisa, como al que ha dejado de tenerla; y, partiendo sin duda del rigor de ese sentido, se ha venido á parar á una designación más amplia, más culta, y aun se puede decir más científica. Vedla aquí: las *clases desheredadas*.



Mas importa mucho no dejarse deslumbrar por lo pintoresco de la palabra, y conviene entender claramente la realidad de su significación. La imagen de que nos servimos encierra una idea, y en ella se halla toda la fuerza del sentido. Es una figura retórica por medio de la que, al indicar la desnudez del cuerpo, expresamos realmente la desnudez del alma. Al verdadero *descamisado* no lo constituyen precisamente los harapos que cuelgan de sus hombros, sino más bien los harapos que flotan en su entendimiento. No determina un estado deplorable del bolsillo, sino un estado deplorabilísimo del espíritu. No queremos decir: «ese hombre no tiene camisa»; lo que decimos es: «ese hombre no tiene conciencia». Y, ¡oh terquedad de la paradoja!: no lo busquéis solamente en las regiones más bajas de la sociedad; buscadlo más bien en las altas regiones de las jerarquías sociales; porque puede ser marqués, puede ser conde, puede ser duque, puede llegar hasta ser príncipe.... *Felipe Igualdad*, ¿no fué un descamisado? Las demagogias triunfantes tienen también sus dinastías, sus tronos y sus reyes. ¿Acaso no son ya suyos todos los cetros de Europa?...

He dicho que el personaje que intento bosquejar se halla fuera de la atmósfera en que se tratan los negocios del Estado; no consta en la clasificación de ningún partido; en una palabra: no es hombre político; por el contrario, afecta cierto desdén, no tanto, cierta indiferencia hacia las agi-

taciones de la vida pública; es pura y simplemente un curioso, un abonado, un espectador más ó menos ávido de emociones. La plaza pública es á sus ojos un nuevo espectáculo, al cual acude por puro pasatiempo.

Como es casi rico, y se puede decir que vive de sus rentas, ocupa un sitio cómodo en el espectáculo, y ve pasar con afable indolencia las diversas situaciones del drama.

No se crea por esto que carece absolutamente de opinión; conserva ciertas aficiones al derecho hereditario...., y...., ¡vamos!, está por la forma monárquica. Llama ideas extremas á aquellas que sus ojos, poco acostumbrados á sondear las obscuridades de lo que está por venir, ve lejanas, y le parecen aceptables todas las que se acercan. En rigor, es un hombre que no ve más allá de sus narices.

Vive con bastante comodidad para tomarse el trabajo de estudiar lo pasado ni para echarse á volar en busca de lo futuro. Sumergido pacíficamente en los brazos de su butaca, ó en los cojines de su landó, ó en el blando sillón de su palco, deja que las ideas y los acontecimientos vengan á buscarle, y entonces los mira con sus gemelos de nácar, ó con sus quevedos de oro, ó con sus ojos de pura carne, y se inclina ante la novedad que se le presenta, la sonríe con amable benevolencia, la acepta, y se queda tan fresco.

¿Qué ocurre? Estamos en 1868, y ocurre la



caída del Trono. Pues bien: frunce la boca, se encoge de hombros, y se sienta á la mesa, y come, como siempre, con toda la imperturbabilidad de su cotidiano apetito. Y si el cocinero ha tenido la feliz ocurrencia de preparar un *ménu* esmerado, hay algún motivo para creer que comerá como nunca.

Todo ha cambiado de la noche á la mañana: la decoración ha sufrido una transformación completa; son casi nuevos los hombres, las ideas y las costumbres; la *idea extrema* está encima; pero ¡qué demonio! pasado el primer momento de estupor, el desorden se ordena á sí mismo, lo extraordinario del caso se convierte en la cosa más natural del mundo. El sol continúa su carrera, el aire su curso, el agua su camino, las horas prosiguen su sucesión cronológica, y asunto concluido; porque, al fin y al cabo, la *Fuente Castellana* sigue siendo un paseo concurrido, los teatros se llenan de gente, los salones están de par en par abiertos. Y vamos á cuentas: ¿quién ha dicho que los reyes han de ser eternos sobre la tierra?... Además, ¿por qué ha de consumirse de fastidio en el rincón de su casa?... ¿Ha de enterrarse vivo porque otro ha muerto?....

El trastorno que la sociedad experimenta no opone ninguna dificultad seria á los regalados gozes de la vida, y mientras se vive, se goza.... ¿Y qué ha de hacer?... Se engalana, se perfuma, y á pie ó en coche prosigue, como si tal cosa, los di-

chosos instantes de su existencia, sirviendo de escolta al suceso.

Mas dejemos aquí estas primeras líneas del dibujo, para que el lector las vaya estudiando: no es asunto que corre prisa, y otro día seguiremos, porque hay mucha tela cortada.

## III.

## UN TIPO.

Colocado á cierta distancia de las ambiciones impacientes que llenan de tempestades las regiones políticas, el carácter que vamos bosquejando no inspira á la generalidad de las gentes ni aversión, ni entusiasmo, ni afecto, ni odio; ni se le busca, ni se le rechaza; si está, es uno más, y si no está, no es uno menos.

El espíritu algunas veces burlón de la *moda*, parece que se ha entretenido en poner en uso un modo bastante original de designarlo. Sírvese del nombre de pila, usándolo comúnmente en diminutivo, suprime el apellido, y añade el título aristocrático, honor de la estirpe. Así, pues, su nombre propio es *José ó Juan*, su apellido *Fernández ó Martínez*, y el título nobiliario que lo enaltece puede ser, bien *marqués de las Empresas*, ó bien *duque de Albarroja*. Esto es, dos títulos que el lector puede elegir entre tantos como todavía nos recuerdan la grandeza de los caracteres, la firmeza de las virtudes.